

SANTA MARGARITA MARÍA ALAQUE: LA MENSAJERA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

AUTOR: EDITORIAL



✠ El mensaje que llevó Santa Margarita María Alacoque mostraría a la humanidad, de una manera nunca antes imaginada, la insondable intensidad del amor que Él tiene por cada uno de nosotros.

Cuando Margarida tenía sólo cuatro años, comenzó a sentirse impulsada a decir varias veces: “Oh Dios mío, te consagro mi pureza y te prometo castidad perpetua”.

Algo sorprendente para una niña de esa edad, que ni siquiera sabía lo que eso significaba, como diría más tarde en sus memorias. Era ya el comienzo extraordinario de la historia de esta alma, en la que la gracia divina actuó preparándola para pertenecer sólo a Jesús. Así, podría cumplir perfectamente una misión crucial en beneficio de la humanidad: ser mensajera del Sagrado Corazón.

Lucha entre vocación y atracción por la vida en común

Margaret nació el 22 de julio de 1647 en Borgoña, Francia. Su padre era juez y notario real, pero un hombre de escasos recursos. Cuando tenía 8 años, la sorprendió la muerte de su padre y la familia tuvo que enviarla a la escuela de las clarisas de Charolles.

Allí, una extraña enfermedad la redujo a tal estado de debilidad que, al cabo de un tiempo, su madre la llevó de regreso a casa.

“Pasé cuatro años sin poder caminar”, dirá más tarde. Al ver la ineficacia de las medicinas, se dirigió a la Virgen de Vírgenes y le hizo voto de entrar en la vida religiosa si se curaba. Fue atendida rápidamente y se recuperó instantáneamente.

Sin embargo, cuando Margarida cumplió 17 años, su madre y sus hermanos decidieron que debía casarse.

Dejándose llevar por el amor filial, la joven comenzó poco a poco a participar en las festividades de su época -aunque evitando ofender a Dios- y a considerar la idea de casarse, aun cuando ya tenía varios pretendientes. Entonces tuvo lugar en su interior una larga e intensa batalla: por un lado, la atracción por la vida en común le susurraba que era incluso un deber de piedad filial fundar un hogar, para poder así sustentar mejor a su madre enferma.

Por otro, la voz de la gracia le recordó el voto de perfecta castidad que ya había hecho en la infancia, así como la promesa de convertirse en esposa de Cristo. No importa, eras demasiado joven para entender lo que decía, así que estas promesas no valían nada; ¡Ahora eres libre! — fue la respuesta que me vino a la mente a continuación.

Este cruel choque de almas duró algunos años. Pero, ayudada sensiblemente por Nuestro Señor, la vocación religiosa acabó venciendo: en 1671, ingresó como postulante en el Monasterio de la Visitación, en *Paray-le-Monial*.

¿Santo o visionario?

Desde pequeña, Margarida se había beneficiado de experiencias místicas.

Las más importantes tuvieron lugar en el convento, a partir del 27 de diciembre de 1673, cuando comenzó a recibir una serie de revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús, que le encomendaban ser la encargada de dar a conocer esta devoción.

Además, las tres superiores que cada seis años asumían sucesivamente la autoridad en el convento de *Paray-le-Monial* estaban convencidas de la santidad de Margarita. Sin embargo, se enfrentó a una feroz oposición dentro de la comunidad, que la trataba como una visionaria excéntrica. Su principal apoyo provino de San Claudio de la Colombière, un joven sacerdote jesuita que fue durante un tiempo confesor de las monjas y testificó que las visiones del Santo eran reales.

Sin embargo, gracias a su perseverancia, docilidad, espíritu de obediencia y caridad, acabó venciendo oposición y logrando cumplir su misión, empezando por introducir en 1686 –inicialmente para un círculo restringido de su propio convento– la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Así, se extendió rápidamente a otros monasterios de la Visitación y se extendió al exterior de la congregación.

Finalmente, después de una existencia en la que se consumió sin cesar en el amor del Sagrado Corazón de Jesús, Santa Margarita María Alacoque falleció el 17 de octubre de 1690, a la edad de 43 años. Fue canonizada por Benedicto XV en 1920. Su cuerpo es colocado bajo el altar de la capilla del convento donde vivió, y los peregrinos que acuden allí a rezarle reciben notables gracias.

(Revista *Heraldos del Evangelio*, junio/2006, n. 54, p. 22 y 23)